

ALEJANDRO BARRERO

VIAJE A NADSGAR III

LA LÁGRIMA PERDIDA



éride ediciones

1. Serendipia

Mucho antes del asesinato de Dhú Coverte.

En un lugar muy lejano, en un dirigible a muchos pies sobre el suelo.

En la lúgubre habitación reinó la calma por un momento. Cualquiera que hubiera echado un rápido vistazo a su alrededor habría determinado sin problema que se hallaba en el interior de un laboratorio.

Los anaqueles de las estanterías estaban repletos de múltiples frasquitos de diversos tamaños y colores que se apiñaban los unos contra los otros. Junto a cada frasquito, una desgastada etiqueta donde una pequeña palabra, de pésima caligrafía, anunciaba ilegiblemente el nombre de lo que contenía en su interior.

Además de en las estanterías, los frasquitos incluso poblaban por completo las dos espaciosas mesas que había en el modesto laboratorio. Probetas cuyo contenido casi desbordaba se encontraban peligrosamente cerca de un gran matraz de vidrio que contenía algo efervescente que, de vez en cuando, dejaba exhalar una nubecilla púrpura. No muy lejos de él, un embudo dejaba caer, gota a gota, un líquido que al hacer contacto con un viscoso brebaje también dejaba escapar un humillo, en esta ocasión negro.

En el techo del laboratorio, ambos gases confluían en una apesotosa nube oscura, cuya pestilencia hacía precisamente que dos de las tres personas que se encontraban allí tuvieran que llevarse la mano a la nariz con evidente desagrado.

—Señor Yelgán, este olor es nauseabundo —estalló por fin uno de los presentes, tras un largo minuto de silencio—, o nos dice de una vez por qué nos ha congregado o la reunión tendrá que ser forzosamente en otro lugar.

—Me temo que Cauros tiene razón, señor Yelgán, este olor es inaguantable. No se ande con misterios, por lo que más quiera, y sáquenos ya de dudas.

—Una serendipia, caballeros —anunció Clabele Yelgán sonriendo lentamente—. Se trata de una maravillosa serendipia.

Clabele Yelgán era un hombre enjuto y no muy alto que llevaba unas enormes lentes que tapaban la mitad de sus facciones. Quizás, si se esmerara un poco más en mantenerlas limpias su rostro resultara un tanto menos misterioso, pero era tal la cantidad de porquería allí acumulada que las lentes eran prácticamente opacas. Sus rubios cabellos caían lacios y sin brillo hacia abajo, como si llevara un viejo peluquín. Sus ropas, que jugaban con tonos verdes y grisáceos, estaban claramente pasadas de moda —incluso para la época de su propio padre, se entiende— y necesitaban un urgente lavado y planchado.

Sin embargo, ni sus gigantescas lentes, ni su aparentemente artificial cabello, ni su ropa de abuelo lograrían que alguien no se fijara en el detalle más llamativo de Clabele Yelgán. Y resultaba que el extravagante alquimista tenía un brazo completamente hecho de metal.

—¿Y se puede saber qué diantre es eso? —preguntó Cauros de mala gana.

—¿Una serendipia? —volvió a repetir Yelgán con una mirada maliciosa, como encontrando divertido que el general desconociera la palabra.

—Una serendipia es un hallazgo sorprendente e inesperado que se produce mientras se busca una cosa completamente diferente —aclaró el otro hombre que se encontraba en la sala, manteniendo la mirada fría al alquimista, demostrando que no estaba dispuesto a dejar que se regocijara en la ignorancia del general.

—Señor Medani, sabía que usted rápidamente conocería el término —se alegró Yelgán sonriendo ampliamente al hechicero—. Resulta que mis inútiles intentos por reproducir el mutante *Gri* han desembocado en algo bien distinto.

—¿Y de qué se trata? —inquirió Samoguna Medani, tratando de que Yelgán fuera al grano antes de que a Cauros se le agotara la paciencia.

—Se me fue la mano y vertí sobre el experimento una probeta de mukkle lila por error.

—No... —comentó Cauros, teatralizando con sarcasmo.

—Al principio pensé que iba a explotar —continuó sin hacer caso del comentario—. El líquido comenzó a derramarse en una sustancia

morada, espesa y pegajosa. Estaba ya por echarle un químico que detuviera el proceso cuando me di cuenta... estaba vivo.

—¿Se trataba del mutante *Gri*? —preguntó Cauros con renovado interés.

—Como bien le he dicho, señor general, se trata de una serendipia. No logré reproducir al mutante *Gri*, pero aquella cosa estaba viva. ¡Y vaya que si lo estaba! Del interior de la marmita donde había vertido el mukkke salieron tres de ellos. Al principio sólo eran masas informes pero... no se pueden imaginar los destrozos que ocasionaron cuando terminaron por crearse.

—¿Nos has hecho llamar a tu pocilga sólo para contarnos que se te ha ido la mano con tus experimentos?

—Señor general, el señor Medani sabe que aprecio su paciencia y por lo tanto, sabiamente, aguarda en silencio a que termine el relato —por un momento, Cauros creyó distinguir los ojos del alquimista a través de sus sucias lentes—. En resumidas cuentas, tras muchos esfuerzos logré atrapar a las criaturas con vida. Podemos estar ante un descubrimiento extraordinario. He decidido bautizarlas como *grikker*. Sin embargo, no podremos cantar victoria hasta que no tenga una forma de doblegar la voluntad de esos seres... Por eso le hice llamar a usted, señor Medani. Quiero que logre hacer un encantamiento, o lo que sea, que me permita controlar a los *grikker*. El general Cauros, imagino, se estará preguntado si también le he citado a él para discernir sobre cosas que escapan a su campo. Pero, aunque le suene precipitado, general, mucho me temo que nos encontremos ante una de las piezas clave para que el *día D* tenga éxito... tan sólo necesito tiempo y que el señor Medani me ayude a controlar a las criaturas de inmediato.



Aquella tarde de otoño era una tarde seca, muy seca, con el cielo anaranjado, como todas. Últimamente, todas las tardes eran iguales, calurosas y rutinarias. Y no sólo las tardes, sino que todos los días resultaban iguales. Era cíclico y demoledor.

Mi nombre es Yldar y, como el apellido de mi familia es bastante común, en la ciudad me conocen como Yldar, hijo de Sus. Cada tarde,

desde hace diez años, talo madera en el bosque que colinda con la ciudad. Hace años, cuando aún era un muchacho, apenas podía levantar el hacha. Ahora la herramienta es prácticamente una extensión de mi brazo.

Puede que haya empezado mi relato comentando que todos los días resultan iguales, rutinarios... pero espero que esos dos apelativos no den lugar a confusión con el término «ordinarios». Desde que tengo memoria siempre ha habido algo que no ha encajado en mi vida, como si realmente yo no perteneciera a ella. Hay veces que siento que simplemente nací en un lugar y un momento equivocados.

Personas a las que conozco desde hace años aún me son como extraños. En cambio, desconocidos que deambulan por las angostas calles de la ciudadela me resultan terriblemente familiares. Sin embargo, no sólo me resultan ellos familiares a mí. Yo también a ellos. Lo sé por sus miradas. En el mercado, en las plazas... Me miran. Cuando cruzo mi mirada con alguno de estos, noto que me devuelve una mirada cargada de expresión, como si nos conociéramos de antes. Y, lo que es más asombroso, creo reconocer esas expresiones y esos gestos como si las conociera desde hace mucho, como si algo lejano latiera por un momento en mi interior.

Asimismo, suceden cosas. Cosas extrañas. Cosas que harían enloquecer a cualquiera y de las que nunca me he atrevido a hablar.

Algunos días noto que me siguen por las callejuelas, escucho pasos tras de mí. Pero al girarme nunca hay nadie. Igualmente, en mi propia casa me siento observado. Como si siempre hubiera una presencia, oculta tras las paredes, en el techo, bajo la cama... Noto miradas en mi nuca. Por las noches se escuchan ruidos raros, pisadas, respiraciones contenidas. Incluso, a veces, creo ver por el rabillo del ojo que un rostro me observa fijamente desde cerca; pero al girarme repentinamente nunca hay nadie. Huelo perfumes que parecen no venir de ninguna parte, siento caricias fantasmas en algunas ocasiones y, de vez en cuando, creo ver extrañas siluetas en las tinieblas que se evaporan aciagamente al prender las velas.

Y, cuando me armo de valor y salgo a enfrentarme a lo que quiera que haya, la casa está vacía.

No me gusta verme reflejado en los espejos. Hay veces, especialmente cuando no hay mucha luz, que mi propia mirada reflejada en

ellos me mira de manera siniestra y burlona, como si al otro lado del espejo hubiera algo... o alguien.

Nunca me he sentido en confianza con alguien como para confesarle mis temores. La única vez que me atreví a compartir parte de mi caso fue durante una confesión después de misa con el señor cura. Él simplemente me escuchó en silencio y al final me ordenó rezar cien *avemarías* y cien *paternóster* y poner un crucifijo o una estampa de la Virgen en cada habitación de mi casa. El resultado fue nulo. No me atreví a proponerle que hiciera un exorcismo. Lo último que faltaba es que se hablara de que mi casa está embrujada, o incluso yo mismo.

Pero, con el tiempo, he aprendido a ignorar todos estos extraños acontecimientos. Y digo ignorar porque a pesar de que acostumbro a pensar que seguramente se trate de un producto de mi imaginación, sé que son reales. Lo sé.

Hubo un tiempo que llegué a pensar que estaba loco. Pero no. Yo no era el único que lo veía. Una mañana, temprano, encontré unas huellas extrañas justo en el lugar donde la noche anterior tuve la sensación de que me seguían. Pregunté a un vecino y, por supuesto, también veía perfectamente las huellas. En otra ocasión me llegó un aroma a arándanos cuando estaba en la sastrería. Tras preguntarle, la costurera me dijo que ella también lo olía. Aunque ni para mi vecino ni para la costurera significaron nada aquellos detalles, para mí fue un descubrimiento aterrador. Todo era real.

El mejor momento del día es precisamente cuando estoy en el bosque, talando. Quizás un bosque parece el lugar menos esperado para sentirse protegido, pero ciertamente es el único sitio en el que no siento aquellas miradas que parecen no provenir de ninguna parte. Puede que simplemente sea el único momento del día en el que finalmente logro evadirme del todo. Al menos puedo descansar.

A pesar de que mi rutina, desde luego, no era ordinaria ni común, aquella tarde de otoño algo rompió con ella completamente. Dos hombres se acercaron hacia mi lugar de trabajo, donde poco a poco había ido amontonando leños y seleccionando maderas. Uno de ellos era Phillipe de Champagne, uno de los leñadores que talaba conmigo a diario. El otro hombre era completamente desconocido para mí.

O eso al menos pensaba hasta que cruzó su mirada conmigo.

Nuevamente, y al igual que otras tantas veces, noté un fulgor en la mirada del extraño. Una chispa. Me conocía. Él me conocía. Yo a él también le conocía sin conocerlo. Su rostro se me hacía familiar, como si ya le conociera de antes. Como si hubiéramos coincidido en otra vida.

—Hola, Yldar, ¿cómo te va? —me sacó de mis pensamientos Phillipe. Su semblante era inusualmente serio; algo ocurría.

—Bien —respondí algo seco, secándome el sudor de la frente con el antebrazo mientras miraba al otro hombre—. ¿Quién es tu amigo?

—Mi nombre es Manrique Alamán —se presentó—, soy caballero de la corona de Castilla.

A pesar de que la lengua oficial de la región era el francés, nuestra ciudad no quedaba lejos de la frontera con el Reino de Aragón, al otro lado de los Pirineos, por lo que entendíamos bien el catalán. Del reino de Castilla a menudo venían mercaderes por lo que también comprendíamos, aunque no tan bien, el castellano. A pesar de que el hombre hablaba castellano, lo hizo de manera bastante comprensible y ambos le entendimos sin problema.

El caballero no era muy alto, pero sí corpulento. Sus ojos eran de color arena y vestía una larga túnica marrón que le hacía pasar desapercibido. Tenía el mentón ligeramente prominente y los pómulos marcados. Lucía una fina barba de tres días y tenía una pequeña cicatriz en el labio.

—Es un honor, mi señor —respondí en un flojo castellano mirando fijamente los ojos del caballero—. ¿Nos hemos visto antes?

—Lo dudo mucho —respondió, nuevamente en castellano—. Llegué hace dos días a la ciudad por primera vez. A menos que hayáis estado en la ciudad de Osma.

—Nunca he salido del reino de Francia —negué lentamente mientras miraba de nuevo a Phillipe, quien por un momento se había sorprendido pensando que pudiéramos conocernos de antes—. ¿A qué se debe tan honorable visita?

—A nada bueno —anunció serio Phillipe—. Te están buscando.

—¿Quiénes? —arrastré, frunciendo el ceño lentamente, sin comprender.

—La Santa Inquisición —aclaró en castellano Manrique.

—¿Qué? ¿A mí?

—Ya sabes cómo están las cosas —insistió en voz baja Phillipe, hablando en francés rápidamente, para que el castellano no pudiera comprenderle—. Corren unos tiempos en los que todo el mundo cuenta mierda de otros. La mierda pasa como la virilidad del señor cura: de boca en boca. Entonces a cada nueva vez que se cuenta, la mierda huele peor. La mierda se va haciendo más grande y más putrefacta. Y así la mierda llega a oídos de la Inquisición y a uno le cuelgan en la plaza, si tiene suerte. Lo más habitual es que antes te metan una estaca por el culo, que te quemem la planta de los pies, una vueltecita por la rueda... Menudos hijos de puta.

—¿Qué me quieres decir? —respondí ya más alterado—. ¡Habla ya!

—Alguien te ha jodido, Yldar —insistió Phillipe rápidamente—. Alguien te ha jodido. Han entrado en tu casa y no te han encontrado. También han arrestado a tus padres y hermanos. Les tienen en el cuartel.

—¿Y él? —señalé al caballero, cada vez más presa del pánico—. ¿Ha venido a arrestarme?

—No he venido a arrestarte —habló Manrique Alamán, quien por lo visto había entendido la pregunta—. He venido a pedirte que vengas de *motu proprio*. Si no, será mucho peor.

—¿¡Qué!?! —estallé, sin ser capaz de procesar todo—. Esto es un malentendido. Un terrible malentendido. ¡Yo soy un buen cristiano! ¡Y mi familia también lo es!

—Vive Dios que eso lo decidirá la Santa Inquisición, hijo —respondió el caballero—. Yldar, hijo de Sus, tengo que pedir que me acompañes.

Noté algo en su mirada. Una chispa. Un reflejo conocido. Algo que me hacía confiar en él, como si fuera mi última salvación. Miré al caballero, esperanzado, dispuesto a irme con él por las buenas.

—¡Vete, Yldar! —bramó de pronto Phillipe—. ¡Corre!

Sucedió deprisa. Phillipe empujó al castellano contra los leños, haciéndole caer estrepitosamente. Reaccioné y eché a correr lo más rápido que pude. El suelo volaba bajo mis pies. Nunca había sido un gran corredor, pero la adrenalina hizo que mis piernas se movieran lo más rápido posible, apenas tocando el suelo a cada zancada. Oí un grito a mis espaldas. Me giré justo en el momento para ver cómo

Manrique Alamán apuñalaba mortalmente en el pecho a Phillipe de Champagne.

Mientras el cuerpo de mi compañero caía sin vida al suelo, tiñendo de escarlata la resina y las astillas de la madera, seguí corriendo, al límite de mis fuerzas, adentrándome más y más en la profundidad del bosque.



Corría todo lo rápido que podía. Hacía ya varios minutos que había dejado atrás el comienzo del bosque y dudaba que Manrique Alamán hubiera logrado seguirme.

Entonces, sin saber cómo, algo me golpeó en una pierna con fuerza y caí estrepitosamente, rodando por el suelo. Tuve la mala fortuna de caer de costado sobre una piedra y, si bien no me rompí una costilla, el dolor punzante me hizo aullar de dolor.

No tuve mucho tiempo para quejarme. Una manaza me agarró del pelo y tirando hacia arriba intentó levantarme. Con un grito de dolor, traté de levantarme, agarrándome del pelo para que no me lo arrancaran.

—Muy rápido ibas corriendo tú, rapaz.

Tuve el tiempo justo para mirar cómo un hombre se ponía delante de mí. No pude siquiera fijarme en su rostro, sólo en sus tupidas patillas. Me dio una bofetada con la mano abierta que me hizo girar la cara hacia un lado.

El que me tenía aún agarrado por el pelo desde detrás me hizo girar la cara para que el de las patillas me la volviera nuevamente con otro tortazo, esta vez con el revés.

Mientras me reponía del golpe, varios hombres se acercaron. Vestían ropas de tonos marrones y negros y, por su aspecto, descarté rápidamente que fueran soldados franceses o castellanos. Tenían toda la pinta de ser bandidos.

El que me tenía agarrado por los pelos me dio una patada en la corva, haciéndome caer de rodillas. De una fuerte colleja me hicieron caer al suelo de cara. No tuve mucho tiempo de saborear la húmeda tierra llena de musgo, pues alguno de los hombres me dio una fuerte

patada en un costado. Exactamente en el mismo donde me había golpeado con la piedra. Grité de dolor. Pude oír cómo uno me escupía.

Quise hablar, pero no pude. Estaba paralizado por el miedo. Tampoco tuve muchas oportunidades de intentarlo. Una nueva patada me hizo volver a chillar. Uno me pisó con rabia una pierna. Noté cómo mi hueso cedía con un horrible sonido. Me dolía la garganta de tanto chillar.

Me volvieron a levantar de los pelos. Esta vez sólo me sentaron. Usé mis últimas fuerzas en agarrarme el pelo para que no me arrancaran la melena.

Varias manos, que se me antojaron como cientos, me sujetaron firmemente la cabeza. Frente a mí había varios hombres mirándome fijamente. El de las patillas tenía un enorme cuchillo entre las manos.

Acercó el arma a mi cara. Pude ver cómo la hoja relucía. Se podía ver lo afilada que estaba con sólo mirarla. Varias manos me abrieron la boca. Yo grité, impotente, sin resultado. Con precisión me puso la hoja del cuchillo, completamente llena de porquería, en una de las comisuras del labio.

El corte fue rápido y limpio.

Lo peor vino después. Al gritar de dolor, yo mismo desgarré mi propia piel. En un acto reflejo cerré fuertemente los dientes y chillé con ellos apretados. La boca me sabía a sangre. Sentía que me ahogaba en ella. No entendía nada.

Una mano me pellizcó con fuerza en el brazo. Otra me tiró de una oreja. Otra me arañó fuertemente.

Entre todos comenzaron a quitarme la ropa. Mientras uno me sujetaba con fuerza por la espalda, otros dos me arrancaron los pantalones. Nada más quitármelos, me bajaron los greguescos, quedándome completamente desnudo de cintura para abajo.

Me sujetaron y me hicieron abrir las piernas. Me pusieron boca-bajo. Pude ver cómo el de las patillas comenzaba a desabrocharse el cinturón. Podía imaginarme perfectamente cuáles eran sus intenciones.

Cuando creía que lo peor se avecinaba, se oyó silbar una flecha. Casi inmediatamente, esa flecha se clavó en un cuerpo y alguien cayó muerto al suelo.

Todos comenzaron a gritar. En menos de cinco segundos me habían soltado y habían huido entre los árboles, dejándome abandonado allí, desnudo y desangrándome en mitad del bosque.

Tras unos momentos eternos. Pude oír pasos aproximándose. Abrí los ojos en una mueca de dolor y miedo para tratar de identificar a aquello que se aproximaba.

Manrique Alamán, acompañado por varios guardias y miembros de la Santa Inquisición, clavando sus ojos en mí con una expresión que no supe identificar fue la última imagen que vi antes de que todo se tornara negro.



Abrí los ojos lentamente. Al principio no podía ver nada. Sólo podía notar el ambiente húmedo del lugar en el que me encontraba, lo que me recordaba que tenía la garganta completamente seca. Hice ademán de levantarme, pero mi cuerpo no me respondió.

—Por fin despertáis.

Una voz de ultratumba me sobresaltó. Parecía venir de algún lugar cercano a mí. Quise preguntar de quién se trataba, pero un agudo dolor en la mejilla me impidió hablar.

—No habléis, señor —sonó nuevamente la voz, tranquilizadora—. Os he cosido y echado un unguento especial en la herida. Si todo sale bien no quedará cicatriz.

Con mucho esfuerzo me llevé la mano lentamente a la mejilla. En efecto, mi cara estaba cubierta de algo pegajoso. Con cuidado me toqué la herida, que iba desde la comisura del labio hasta bien entrada la mejilla. Para mi sorpresa estaba completamente cerrada, incluso me habían retirado ya las costuras. ¿Cuánto tiempo llevaría inconsciente?

—Os encontráis en las mazmorras de la ciudadela. Lleváis cuatro días sin abrir los ojos y retorciéndoos en sueños. Los carceleros se apiadaron y me dejaron medicinas para sanaros —resonó la voz como si hubiera oído mis pensamientos—. Quieren que estéis en plenas facultades para el juicio.

—¿Juicio...? —logré articular.

—Shh. No habléis —insistió el vozarrón—. Según he oído, estáis aquí por orden de la Inquisición.

—Yo no he hecho nada.

—Shh. Procurad no hablar.

Aquella voz me sonó de pronto tan terriblemente familiar. Al instante me inundó aquella extraña sensación que se apoderaba de mí cuando creía reconocer un rostro.

—¿Quién sois vos? —hablé pesadamente.

—Mi nombre es Apmajuju Bela, señor. Se dice como las velas, pero significa honrado.

Haciendo un sobreesfuerzo, volví a abrir los ojos. Esta vez, logré distinguir mi alrededor a la tenue luz de las antorchas. Me encontraba en una pequeña celda lúgubre y húmeda, en un duro camastro de piedra que estaba sujeto a la pared. Por el silencio que reinaba, imaginé que probablemente sería de noche o de madrugada.

Me fijé en mi compañero. Apmajuju me contemplaba de cerca con una brillante fila de dientes blancos. Aunque estaba sentado en el suelo a mi lado, me percaté inmediatamente de sus colosales dimensiones. Se trataba de un hombre negro grande, muy grande. La sola visión de sus descomunales músculos me hizo sentir miedo.

—Cuidado —habló suavemente con su grave voz, con un tono casi inocente—. Necesitáis descansar. Habéis tenido suerte y la pierna no se ha roto. Tenéis huesos fuertes. Pero no debéis caminar hasta el juicio.

—Llevo cuatro días durmiendo, creo que ya he descansado suficiente.

—Señor —repitió esta vez más serio—, hacedme caso. Debéis descansar.

Sin atreverme a contrariar a aquel gigante me quedé quieto y cerré los ojos mientras él velaba mis sueños, sentado en la oscuridad.



Llegó un día en el que varios soldados irrumpieron en los calabozos y comenzaron a sacar a varios presos de sus celdas. También entraron en la mía y nos cogieron a mí y al gran Apmajuju, aunque a este último le cogieron entre cuatro, no sin temor.

Por fortuna, y de manera milagrosa, los cuidados de mi compañero habían surtido efecto y no sentía ya dolor alguno. Podía moverme sin problemas y cuando me acariciaba la mejilla no notaba indicio de cicatriz.

De malos modos, los soldados nos condujeron a todos por el estrecho pasillo. Encabezando la comitiva iba un mendigo enano, harapiento y con una descuidada y frondosa barba. Quizás en sus buenos tiempos fue un bufón real. Yo iba tras él. Detrás de mí marchaban tres jóvenes mirando al suelo. Se trataba de un chico y dos chicas de hermosura nunca vista. Por su tez morena imaginé que probablemente se trataran de presos políticos. ¿Quizás un príncipe persa y dos princesas indias? Cerrando la fila iba Apmajuju, escoltado por dos guardias a cada lado, armados con alabardas.

Entramos en el salón donde iba a tener lugar el juicio.

Se trataba de un lugar amplio donde se congregaban multitud de personas. Había soldados, miembros del jurado y multitud de vecinos y espectadores curiosos que se sentaban en los bancos. Por un momento mi mente trató de recordar una situación parecida que había vivido. Pero nada, fue un intento en vano. Yo jamás había estado en un juicio.

—Que pase el primer acusado —llamó el juez una vez todos nos hubimos sentado y el silencio reinaba en la sala.

—Untric Dorrin —leyó en voz alta Manrique Alamán, que se encontraba al lado del jurado, enfundado en una preciosa armadura castellana.

Con empujones y de mala gana, los guardias subieron al estrado al mendigo enano. Nada más subir, escupió abundantemente al suelo. Los presentes le abuchearon.

—Se te acusa de robo —anunció un miembro del jurado—. La gente dice que hurtas en los mercados e incluso algunos afirman que también nos encontramos ante un caso de allanamiento de morada.

—Señor mío —respondió el enano con firmeza, buscando los ojos del miembro del jurado—, no es conveniente hacer caso a la gente. La gente puede decir muchas cosas. La gente también decía que vuestra madre sólo pedía cuatro monedas de plata a sus clientes y que nadie quería dar más de dos.

Inmediatamente se armó el revuelo. Mientras que algunos se indignaban y pedían a gritos la sogá para el enano, otros se morían de la risa. Yo le miré nervioso, sabiendo que se acababa de ganar de sobra la pena capital. Miré al resto de reos. Los tres jóvenes miraban al suelo, impertérritos. Apmajuju miraba al enano con una inocente sonrisa que los guardias que le custodiaban no se atrevieron a borrar de su cara.

—¡Basta ya! —bramó el juez—. ¡Silencio, por favor!

—No hace falta que siga declarando —sentenció el jurado—. Ya hemos visto suficiente.

—Según dicta la ley —habló Manrique Alamán con serenidad— hemos de preguntarle por su última voluntad antes de condenarle. Podemos hacerlo aquí o en el cadalso. Pero creo que, lógicamente, nos conviene hacerlo aquí para evitar otro espectáculo durante la ejecución.

—Conoce usted bien las leyes francesas para ser un castellano —comentó el arzobispo, que se encontraba presente, acompañado de todo su séquito—. Se dice que en vuestra tierra sois todos hombres de Dios. *Benedictus qui venit in nomine Domini*⁽¹⁾.

—Como afirma el Reverendísimo Monseñor, el castellano no se equivoca respecto a la ley que invoca —corroboró un miembro de jurado antes de dirigirse al enano—. Y el jurado nos mostramos de acuerdo con la idea de hacerlo aquí y ahora. ¿Una última voluntad, señor Dorrin?

—Claro, con mucho gusto —respondió el enano, aliviado, antes de dirigirse al arzobispo—. Si pudiera pedir un último deseo, me gustaría pedírselo al Señor. Sólo él es digno.

—Adelante —le dio permiso el juez.

—Señor de los cielos —comenzó a rezar en voz alta el enano, juntando las manos y cerrando los ojos por un momento—, antes de que estos hombres de poca fe me lleven a tu santísima gloria, me gustaría que les perdonaras, porque no saben lo que hacen... Si eso no fuere posible, Señor, también sería igualmente maravilloso si pudieras hacer que Su Excelencia el arzobispo tuviera las papilas gustativas en el ano.

Se volvió a armar mucho jaleo. Todos clamaron la soga para el enano y el arzobispo habló con algunos guardias. Seguro que después del juicio al pobre mendigo le esperaba una vueltecita por la rueda. Igual le sentenciaban a muerte por desmembramiento.

Tras un momento de hablar entre ellos y de lograr que se hiciera silencio nuevamente, el jurado habló.

⁽¹⁾ Bendito el que viene en el nombre del señor.

—Untric Dorrin, este jurado te condena al desmembramiento, a la hoguera y a colgar en la soga.

—Pero, señor juez —habló inocentemente el enano—, necesitaría saber en qué orden va a llevar a cabo todo eso. ¿Van a desmembrarme y luego van a pasar a la parrilla cada uno de mis miembros? ¿Y luego ahorcarán solamente la cabeza o cada parte del cuerpo?

Nuevamente, los presentes estallaron en risas.

—¡Basta ya! ¡Sentadle y que pase el siguiente!

Todos comenzaron a abuchear al ladrón mientras le sentaban nuevamente junto a nosotros. Apmajuju, que no había dejado de mirar toda la escena, divertido, decidió intercambiar unas palabras con aquel que tanto le había hecho reír.

—Buen juicio —comentó con su vozarrón.

—Bueno. Hubiera acabado mejor con aplausos —reconoció el enano mientras se sentaba con un temple bastante curioso para alguien condenado a tres penas de muerte diferentes en un solo día—. Todos me abuchean.

—No. Allí hay uno que te aplaude —le consoló el gigante señalando hacia algún punto de la multitud.

—No te equivoques, cabeza bola —respondió ya en tono más reservado—. Ese fulano aplaude a los que me abuchean.

Por un momento algo recorrió todo mi cuerpo. Como si al escuchar algo de aquella frase una chispa hubiera saltado en mi interior. No tuve mucho tiempo para pensar en ello, un guardia me cogió fuertemente del brazo y me condujo al estrado. Una vez me hubo dejado allí, sentí cómo la sangre dejaba de correr por mis venas, mientras todo el gentío me contemplaba.

—Yldar, hijo de Sus —leyó en voz alta y clara Manrique Alamán, haciendo que mi sangre volviera a fluir— se te acusa a ti y a tu familia de la práctica de hechicería.

Tragué saliva un momento antes de hablar. Tenía los miembros entumecidos y me preocupaba que la voz no saliera de mi garganta. Por fortuna, salió con un tono pausado, sin temblor, que disimulaba completamente mi acongoje.

—Su señoría y distinguidos señores del tribunal —comencé a hablar lo más educadamente que sabía—. Me declaro inocente de tal acusación. Soy tan sólo un humilde leñador. No sé leer ni escribir. Ni

siquiera sé hacer algo más que talar árboles. Pregunten a mis vecinos. Yo jamás sería capaz de hacer brujerías.

—Eso no es lo que dicen las evidencias —graznó el arzobispo, con evidentes ganas de que el juicio terminara para poder encargarse del enano—. La guardia ha encontrado en tu casa varios artulugios blasfemos. Tan sólo el fuego purificador puede sanar tanta maldad. Y en esa mentira que osadamente defiendes cual verdad, no se esconden más que Lucifer y los ángeles caídos, acechando a cada instante. ¿Y sabes lo peor de tu pecado? Lo peor es que los pecadores tienen por costumbre arrastrar a otros con ellos. Como Eva arrastró a Adán. Y para colmo, una vez que han arrastrado a varios consigo, los pecadores se sienten respaldados, se sienten más protegidos. *Commodun ex iniuria sua nemo habere debet*⁽²⁾. Que el Señor todopoderoso nos libre de personas como tú, que encarnan al mismísimo Satanás. Que nos libre de todas esas personas que juegan con el Diablo.

Una voz se oyó al fondo, alta y clara.

—Excelentísimo, con todos mis respetos, vuestro culo debe de estar celoso de toda la mierda que soltáis por la boca.

Todos se giraron conteniendo la respiración por el asombro hacia el propietario de la voz: Untric Dorrin, el ladrón enano.

Se había puesto de pie en la banquetta para ser fácilmente visible por todos. Cuando los soldados quisieron bajarle por la fuerza, Ap-majuju se levantó cuan largo era y ellos retrocedieron, precavidos. El enano aprovechó para seguir hablando.

—¡Qué graciosos resultáis aquellos que predicáis en el nombre de Dios! No tenéis familia, ni mujer, ni hijos. Tampoco tenéis sexo — tras esa última palabra se aclaró la voz sonoramente para que el sarcasmo pudiera mascarse—. No pagáis impuestos. ¿Y lo más gracioso? Que pretendéis enseñarnos a vivir en familia, a copular únicamente cuando es necesario y a ser buenos ciudadanos.

—¡Que alguien le calle! —gritó un miembro del jurado.

Lejos de callarse, el enano saltó de la banquetta y comenzó a avanzar. Al principio la gente se escandalizó. El arzobispo, divertido ante

⁽²⁾ Ninguna persona ha de obtener ventaja de su propio mal.

tal atrevimiento, detuvo a los guardias con un gesto. En su mirada se podían leer perfectamente sus intenciones. Una palabra desafortunada más, otra nueva blasfemia, y aquel hombre bajito y malhablado pasaría directamente a las manos de la Inquisición.

Me pregunté si aquella situación era algo favorable para mí. O bien todos se centraban en él y se olvidaban un poco de mis cargos o, por el contrario, acababan de mal humor y me mandaban desmembrar sin opción a réplica. Mientras yo pensaba todo esto, el enano continuaba andando, con las manos encadenadas con pesados grilletes.

—¡Nobles gentes! ¡Pueblo mío! —anunció el arzobispo con intención de poner la situación a su favor—. Aquí mismo estamos presenciando un acto del mismísimo Satanás. Dentro del cuerpo de ese pobre enano deforme hay un demonio que le ha poseído. *Veritas in simplice*⁽³⁾. ¡Habrá que realizar un exorcismo antes y después de ajusticiarlo! La Santísima Inquisición se encargará de aliviar todo este mal. *Pedes in terra ad sidera visus*⁽⁴⁾. ¡Pero por la gracia que me ha concedido la Santísima Trinidad y la Virgen María, que ese demonio no se atreverá a dar un paso más!

—Dejad de graznar, Excelentísimo —comentó tranquilo el enano—. Personas como vos insultáis a toda la comunidad cristiana con vuestros delirios. Graznaréis menos cuando os haya cortado el cuello.

Ofendido, el arzobispo se llevó la mano al pecho y se echó hacia atrás. Inmediatamente después, le hizo una seña al soldado que más cerca estaba del enano. El guardia desenvainó su espada y alzándola sobre su cabeza con ambas manos fue a descargar el pomo contra la cabeza del enano, con intención de aturdirlo.

Aunque en un primer momento di al enano por muerto, lo que sucedió a continuación me dejó perplejo. El enano se giró hacia el soldado en el momento justo, sin perder la calma, y subió las manos extendidas, estirando los grilletes.

De ese modo bloqueó el golpe del soldado con sus cadenas. Con un giro de muñeca enredó la espada con los grilletes y dando un ágil

⁽³⁾ La verdad está en lo sencillo.

⁽⁴⁾ Los pies en la tierra, la mirada en el cielo.

paso, desarmó al soldado y se acercó a su cuerpo. Una vez a su alcance, le asestó un cabezazo en salva sea la parte, haciéndole hincar una rodilla.

Por si aquello fuera poco, con la agilidad de un mono, el enano puso un pie sobre la rodilla hincada del soldado y cogiendo impulso se subió a su espalda, donde aprovechó para rodear su cuello con los grilletes.

El resto de soldados que habían acudido al rescate de su compañero retrocedieron ante el feroz enano, cuyo rostro desvelaba que estrangularía al soldado sin dudar si alguno daba un paso de más.

Manrique Alamán desenvainó su espada.

—Tranquilidad —pidió, haciéndose oír en toda la sala—. No cunda el pánico. Esto no se trata más que de un pequeño contratiempo que vamos a resolver rápidamente. Esta clase de gente retorcida, que no duda en llevar a cabo cualquier fechoría para llevar a cabo sus propósitos, no merece perdón de Dios. ¿No es así, Reverendísimo?

—Muy bien dicho, castellano —le felicitó el arzobispo en público.

—Por eso mismo —continuó Manrique Alamán mirando fijamente al enano— hoy la espada de la justicia va caer sobre aquellos de tamaña perversidad.

Sucedió rápido. Nadie supo reaccionar.

Manrique Alamán levantó su espada y, sin mediar palabra, la hundió en el cuello del mismísimo juez. No hubo tiempo para sorprenderse. Una monjita que acompañaba en silencio al séquito del arzobispo se despojó velozmente de su hábito, dejando ver unas prendas de hombre. La mujer se situó al lado del arzobispo de dos saltos y, sin más, le agarró la cabeza y le partió bruscamente el cuello.

La gente ya empezaba a chillar. La mujer llevaba el pelo corto, como un hombre, con una bonita crencha⁽⁵⁾ y tenía una chispa inteligente en la mirada. No tuve mucho tiempo para fijarme en sus facciones, pues a continuación pude ver lo más increíble que había visto hasta entonces.

Ella se llevó una mano al cuello y, de un collarín metálico que llevaba en torno a él, comenzó a desplegarse una armadura negra.

⁽⁵⁾ Raya en el medio del pelo.

Como si de magia se tratara, la armadura cubrió rápidamente su cuerpo e incluso protegió su cabeza con un yelmo negro con cuernos.

De algún lugar la mujer —a la que ahora no se podía ver el rostro— extrajo la empuñadura de una espada que no tenía hoja. La empuñadura era roja, y acababa forjada en las fauces de un dragón que aguardaban cerradas y unas alas que harían las veces de guardamanos. La mujer pareció tocar un botón de la empuñadura que activó un mecanismo. De pronto, las fauces del dragón se abrieron de golpe y de ellas, como si de fuego se tratara, brotó una afilada hoja, de la misma manera que había hecho antes la armadura. La flamígera hoja era también de un metal rojizo, lo que le daba la apariencia de ser la mismísima espada del Diablo.

Noté una fuerte punzada. Nuevamente mi mente trataba de establecer una conexión perdida u olvidada sin éxito. Como si hubiera visto antes aquella espada.

No tuve más tiempo de admirar a la mujer. Como por arte de magia todos nuestros grilletos saltaron por los aires, liberándonos. Apmajuju llevó las manos rápidamente debajo del banco en el que estábamos sentados y de ahí sacó el mayor mandoble que había visto en mi vida.

Parecía una espada africana, ya que la hoja describía una curva, pero su enorme tamaño la hacía imposible de manejar por una persona normal. En las manazas de Apmajuju parecía un mandoble normal y corriente.

Un soldado se acercó alarmado y, de un potente tajo, el gigante le corto por la mitad. Literalmente. Me puse pálido. Dos valientes más intentaron frenar al gigantón, pero fue en vano. Con una velocidad inaudita para estar manejando un arma de aquellas proporciones, Apmajuju solo tuvo que dar dos golpes. El primero sirvió para romper el escudo del primero de los hombres y, por ende, la cabeza que se protegía detrás. El segundo también impactó sobre un escudo, pero al contrario que los otros no fue un corte limpio. Traspasó el escudo y se hundió en el vientre del soldado, pero no lo atravesó completamente. Sin embargo, eso lo hizo más espectacular, el soldado salió despedido varios metros por los aires, aterrizando sobre un montón de curas que trataban desesperadamente de buscar una salida.

El chico moreno que había estado junto a las otras dos muchachas contemplando el suelo impávido, saltó del banco con una espectacular

pirueta, imposible para un humano. De una patada en la cara, tumbó a uno de los guardias. Esquivó con insultante facilidad la espada de otro y le derribó de un golpe seco en el cuello. Un tercero probó suerte, pero el muchacho se echó a un lado ágilmente y logró desarmarle. Una vez que se hizo con la espada de su contrincante, le despachó sin problemas.

Una de las chicas siguió al muchacho moreno en el primer gran salto. La diferencia fue que, en pleno salto, la muchacha se transformó en una pantera. Yo no podía dar crédito a lo que veía. El felino encontró menos resistencia, ya que todos salieron despavoridos al verla. Los pocos que se atrevieron con ella encontraron una muerte rápida.

No pude contemplar el espectáculo por mucho más tiempo, la otra muchacha se abalanzó sobre mí y me tumbó en el suelo con violencia. Al principio pensé que me iba a abrir la cabeza contra el enlozado, pero ella puso su brazo detrás de mi cuello para evitar que me golpeará.

Vi su rostro de cerca. Era el rostro más hermoso que había visto en mi vida. Tenía proporciones perfectas. Sus ojos eran grandes y de color verde, como el de los gatos nocturnos. Sus labios y su nariz parecían de dimensiones perfectas y podría jurar sin haberla rozado que la textura de aquella piel morena era la más suave que había tocado jamás.

Entonces, en una fracción de segundo, el rostro de la chica se transformó levemente. En su cara aparecieron unos tatuajes azules tribales, sus orejas acabaron en punta y sus dientes parecieron volverse más puntiagudos. La miré a los ojos. De pronto en su mirada había un matiz salvaje y peligroso.

Lo noté. Noté esa punzada que había notada tantas veces. Como si ese rostro me fuera terriblemente familiar. Como si me sintiera cómodo contemplando aquella mirada tan salvaje y peligrosa. Y por primera vez, pude apreciar en sus ojos que ella también me reconocía.

No me dejó pensar más y me colocó en el cuello con brusquedad un pesado collarín metálico muy parecido al que llevaba la monjita que mató al arzobispo. Con muchísima velocidad me puso un colgante sobre el collarín, y me colocó dos anillos. Uno en el dedo anular izquierdo y otro en el dedo índice derecho.

Me acarició el rostro con una ternura infinita, mirándome intensamente a los ojos. En ese momento me sentí en el cielo. Podía leer en

su mirada millones de sentimientos que se agolpaban en mi mente, indescifrables. Pero no duró demasiado.

—¡Shira! —reconocí la voz de Untric Dorrin a lo lejos—. ¡Ayúdame, diantre!

Ella me contempló por un segundo más y se levantó rapidísimamente. Tuve el tiempo justo para ver cómo daba un descomunal salto y cómo, al igual que su compañera, se transformaba en un enorme felino en pleno vuelo. En su caso, en un feroz puma. Corriendo a gran velocidad, rápidamente alcanzó al enano, que estaba rodeado y de rápidos zarpazos disolvió a los atacantes.

Confusamente me levanté. En la sala del juicio se había preparado una auténtica batalla. Me fijé cómo un joven surgía de entre la multitud. Cuando se despojó de su vieja capa de color pardo, advertí que alrededor del cuello llevaba un collarín dorado, exactamente igual que el que llevaba la monjita y que el que aquella muchacha me había colocado. Como a una orden invisible, una armadura dorada comenzó a desplegarse del collarín, cubriendo rápidamente todo el cuerpo del chico. Un yelmo le cubrió la cabeza e incluso un penacho de plumas azules de desplegó del mismo.

El chico dorado extrajo de su cinturón un pequeño cilindro metálico del tamaño de un palmo. Del cilindro se desplegó rápidamente un precioso escudo dorado y azul. Para acabar con la demostración, en la mano del chico se materializó una espada azul echa de un extraño metal pseudotransparente.

Las puertas se abrieron y un grupo de soldados comenzó a entrar a la sala. Una explosión me hizo girarme repentinamente hacia una de las paredes. Los adoquines volaban por los aires y del agujero que se había creado comenzaron a entrar unos soldados que lucían armaduras que, si mal no veía, imitaban las escamas de un dragón. Este segundo grupo comenzó a intercambiar espadazos con los que entraban por las puertas.

Noté que alguien me empujaba y me protegía detrás de unos escombros. Un segundo después un montón de flechas silbaban por el aire y se estrellaban donde me encontraba instantes antes. Miré a mi salvador, se trataba del castellano Manrique Alamán.

—Don Manrique —murmuré asustado—. ¿Qué es todo esto? ¿Qué está pasando?

—¡Cuidado, otra andanada!

Manrique Alamán me movió nuevamente, salvándome de otras saetas que impactaban contra la piedra con brusquedad.

—Y no me llamo Manrique Alamán —dijo mirándome a los ojos, como exigiéndome algo con la mirada—. Mi nombre es Cauros, general de las Cumbres, al servicio de su excelencia Adriana de Morina, duquesa de Riadas del Este.

Me empezó a doler la cabeza. Nuevamente mi cerebro trataba de establecer conexiones sin éxito. Una explosión diferente a las anteriores me hizo volver a la batalla.

—¡Cuidado, tienen un puto mago! —alertó alguien.

—¡Por aquí...!

Cauros me empujó, pero fue demasiado lento para salvarse también él. De las manos de un sacerdote que se había encaramado a lo que antes fue el estrado salió una luz violeta directamente hacia nuestra dirección. La luz impactó en el cuerpo de Cauros, haciéndole levitar un par de metros en el aire, suspendido, inmóvil.

Fue un blanco fácil para los arqueros, que le acribillaron con sus fechas. Aunque tan sólo dos acertaron en el pecho de Cauros, fueron suficientes. El sacerdote dejó caer al hombre al suelo y se entretuvo en lanzar rayos contra los soldados de las armaduras que imitaban a las escamas de dragón.

Superando con mucho esfuerzo mi shock inicial, me acerqué a Cauros arrastrándome por el suelo. Cuando le alcancé, tiré de él hacia un lugar más cobijado, entre los escombros. Me fijé que iba dejando un reguero de sangre.

Con gran esfuerzo le puse bocarriba. Me miró a los ojos con la mirada perdida. De su boca brotaba un hilillo de sangre oscura.

—Nuestra... esperanza —logró decir— está... en ti.

Se llevó la mano al cinturón y me dio algo que supe reconocer de inmediato. Era la empuñadura de una espada que no tenía hoja y que en su lugar tenía unas fauces de dragón. Exactamente igual que la que tenía la monjita, pero de color blanco.

—Salva... Atlea... Sálvanos.

Con sus últimas fuerzas, Cauros me dio un golpe seco en el pecho. Más exactamente en el collarín. Eso hizo que el mecanismo se activara y que una armadura metálica comenzara a recubrir mi cuerpo. El yelmo que se desplegó en mi cabeza era considerablemente más

grande que los otros dos que había visto desplegarse y apenas dejaba una rendijilla para poder ver a mi alrededor.

Aunque la armadura cubrió mi cuerpo y mis brazos, mis piernas quedaron desprotegidas completamente. Sin tiempo para preocuparme por mis piernas, una explosión me hizo volar por los aires lejos de Cauros y estrellarme contra una pared. Por fortuna, la armadura me protegió del impacto, salvándome la vida.

El caballero dorado pasó cerca de mí, gritando.

—¡Samoguna! ¡Samoguuuuna! —gritaba—. ¡Hazte cargo del puto mago! ¡Date prisa o todo se va a la mierda!

Un hombre encapuchado le miró y se acercó a él, mirándole con complicidad.

—¡Ahora! —indicó el caballero dorado.

El tal Samoguna lanzó una potente bola mágica hacia el mago, que difícilmente desvió el proyectil. Entonces, ante mis ojos, se desencadenó una auténtica batalla mágica. Los rayos y llamaradas surcaban la sala buscando el cuerpo del contrincante y ambos desviaban los ataques del contrario.

Finalmente, una estalagmita de hielo de Samoguna alcanzó al mago en el hombro. El sacerdote cayó de rodillas, dolorido. Cuando parecía que estaba acabado, sacó de los pliegues de su túnica un botellín e ingirió rápidamente su contenido.

Fue entonces cuando comenzó a... mutar.

Tras unos horribles alaridos, el cuerpo del sacerdote se deformó y comenzó a crecer y a llenarse de pelo. Donde segundos antes había un sacerdote, rugía una terrible criatura que tenía cuerpo de león, cola de serpiente, alas de murciélago y tres cabezas: un león, una cabra y un dragón.

—¡Básfemor! —gritó entonces Samoguna mientras retrocedía asustado—. ¡Rápido! ¡Un bichito! ¡Básfemor!

De la otra punta de la sala, un hombre comenzó a correr entre la lucha, esquivando soldados enemigos. Cuando llegó a la altura de Samoguna, contempló a la criatura casi con admiración.

—Una quimera... —sonrió—. Mi especialidad.

Sin miedo, el hombre fue directamente al encuentro de la criatura. No sabría describir exactamente cómo pasó. Los movimientos de ambos eran extraordinariamente rápidos. La quimera atacaba sin piedad y el hombre parecía esquivar todos sus golpes con facilidad, como

si bailara un saltarelo. Como si previera cada movimiento, como si tuviera ensayado un número de circo.

Al rato, el hombre comenzó a hacer silbar su acero por el aire a cada ataque, y la criatura cada vez tenía más heridas abiertas. Sin dejar de luchar, el hombre escalaba escombros y saltaba con agilidad, sin perder de vista a la criatura. Entonces, como si lo hubiera estado esperando, en uno de los ataques de la cabeza de dragón, que se adelantó demasiado, se hizo a un lado y la segó de un golpe limpio.

La criatura retrocedió y las otras dos cabezas auillaron de dolor. No tuvo tiempo de nada más. De algún lugar de la sala, como si hubiera aguardado hasta el momento exacto, Apmajuju subió rapidísimamente a un escombros y desde él dio un salto altísimo. Aterrizó con todo su peso sobre el lomo de la criatura, atravesándola de lado a lado con su mandoble gigante.

Yo ya había conseguido levantarme, pero no supe a dónde ir, no supe hacia dónde correr. Un soldado se me acercó con una espada ensangrentada. Cuando creía que ya me había confundido con un soldado enemigo por mi armadura y que iba a dar buena cuenta de mí, Untric Dorrin salió de algún lado de la batalla con un hacha de doble filo en las manos.

Primero le cortó por las corvas desde detrás, haciéndole que cayera al suelo de rodillas. Luego, sencillamente le cortó la cabeza. Me quedé inmóvil en el sitio, pálido.

Por uno de los agujeros por donde habían entrado los soldados de las armaduras de dragón, se oyeron unos gruñidos. Entonces, sumándose a la batalla, cinco criaturas emergieron de un salto a la escena. Se trataba de cinco lobos de dimensiones enormes que llevaban en la grupa a pequeños y feos seres de piel verdosa que rápidamente me recordaron a los trasgos de los cuentos.

Sobre aquellas monturas salvajes, comenzaron a moverse rápidamente causando estragos. Fue entonces cuando llegaron ellos. Del agujero emergieron criaturas con torso de hombre y cabeza de toro. De un brutal mugido de guerra que helaba la sangre tomaron parte del bando de los escamas de dragón.

Muerto de miedo quise escapar. Me fijé que otros soldados que intentaban escapar igual que yo eran matados con facilidad por los escamas de dragón que esperaban en las puertas. No supe qué hacer.

Pequeñas criaturas albinas con aspecto de zorro corrían entre los soldados y daban caza sin piedad a los soldados franceses.

En un momento de tensión, buscando desesperadamente una salida, se me ocurrió meterme por uno de los agujeros que había en las paredes para huir. Pero antes debía ir a las mazmorras y encontrar a mis padres, seguro que estaban en una de ellas. Tenía que hacerlo.

Logré llegar hasta uno de los enormes agujeros y, a pesar de la molesta armadura, encaramarme a él. Comencé a avanzar sigilosamente por la oscuridad con miedo de encontrarme con algo o alguien. Finalmente, tras mucho andar, encontré unas escaleras que descendían. Seguro que me llevarían a las mazmorras.

Todo estaba saliendo tan bien hasta que una voz me sorprendió.

—Vaya, vaya. Yo estaba buscando soldados franceses y te encuentro a ti... Esto es lo que se podría considerar una serendipia en toda regla.

La voz sonaba como metálica, artificial. Como si alguien hablara con la cabeza metida dentro de una campana. Mi cabeza, nuevamente, trató de relacionar esa voz con algo sin éxito.

—¿Quién habla? —pregunté nervioso, tratando de ver lo máximo posible por la hendidura de mi yelmo.

Como respuesta, dos puntos rojos se encendieron en la oscuridad. Me quise morir del miedo. Los ojos me contemplaban fijamente. Tras unos segundos eternos logré preguntar.

—¿Q-quié e-eres?

—¿Yo? —pareció reír la voz—. La pregunta es quién eres tú.

—Y-yo soy Yldar..., hijo d-de Sus.

—Ah, ¿sí? —se burló la voz—. ¿Y qué haces aquí, Yldar, hijo de Sus?

—He venido a rescatar a mis padres —anuncié, implorando que con aquello se apiadara.

—Por supuesto. ¿Y puedo hacerte una pregunta, Yldar, hijo de Sus? Si me respondes te dejaré pasar.

—...V-vale

—¿Cómo son tus padres?

—Son...

Por un momento me quedé en blanco. No sabía qué estaba pasando pero no lograba recordar sus rostros. Nada. Por mucho que me esforzaba no lo recordaba.

—¿Ocurre algo?

—Yo... No logro recordarlos...

—Bueno, entonces dime al menos cómo se llaman.

—Mi madre se llama... se llama... Y mi padre...

Me dolía la cabeza. ¡No recordaba nada de mis padres! Ni siquiera sus nombres. Nada. Yo era Yldar, hijo de Sus... Mi padre debía llamarse Sus... pero en ese momento ese nombre me sonó tan extraño, tan ajeno, tan ridículo.

—Interesante —habló la voz, sin dejarme de clavar aquellos ojos rojos—. ¿Puedes contarme alguna anécdota de tu niñez? ¿El nombre de algún familiar? ¿Puedes recordar acaso si eres virgen?

Me llevé las manos a la cabeza. No recordaba nada. Aunque hasta ese mismo instante había sentido que todos mis recuerdos estaban ahí, ahora que iba a echar mano de ellos no los encontraba. No recordaba nada.

—¿Qué ocurriría si te dijera que nada de lo que tú crees existe? Tus padres no existen. Tu vida aquí no existe. Nada existe y por eso no lo puedes recordar. Porque alguien te ha obligado a vivir una vida que no es la tuya. Tú no perteneces a este sitio, ni a este momento. Tu lugar y tiempo están muy lejos de aquí. Los tuyos también lo están. Por eso todas esas personas que creías conocer desde hace años te son desconocidos. Porque realmente no les conoces. Pero los tuyos no hemos estado tan lejos como crees... hemos estado en los que creías familiarmente desconocidos. Nosotros hemos estado contigo, te hemos protegido a cada paso, en cada callejuela, incluso en ese lugar desconocido al que llamabas casa. Somos los culpables de que te hayas sentido observado, de que te hayas sentido escuchado, de las caricias fantasmáticas. ¿Te sigue asustando verte reflejado en los espejos? ¿Crees que tu propia mirada te observa de manera siniestra desde el reflejo? Lo que ves en ellos es a tu verdadero yo, que te mira, impotente, deseoso de salir. Pero finalmente hemos puesto fin a esta conspiración. Porque Yldar, hijo de Sus, no existe. Porque no estás aquí por casualidad...

La voz hizo una larga pausa antes de continuar.

—Porque tú en realidad eres Espada Negra, el décimo de los erkans. Eres el rebelde que salvó a Vinorg de la tiranía de Johan el Nigromante. Eres el gran Ártator de Kellville, tan inteligente que logró engañar al propio Cobra y hacer que él mismo buscara su perdición.

Eres Neruana Akku, bloque de hielo, el hermano de manada de las leónidas. Eres el Maiko Abeja, uno de los cuatro Guardianes del Equilibrio. Eres aquel que jugó con el Diablo y que luchó hasta el final por encontrar el beso de la leónida. Eres aquel que hemos venido a buscar y el único que puede ganar esta última cruzada. El único que puede encontrar la lágrima perdida.